

La calle para el martes cinco de junio de 2007
Diario de un espectador
Juan José Gurrola
por miguel ángel granados chapa

Murió el viernes pasado Juan José Gurrola, hombre-teatro, pues hizo de todo en la escena, y antes y después de la escena. Como arquitecto que fue, su fama inicial la consiguió como escenógrafo. Pero fue autor, y traductor, y dirigió y fue intérprete, fue actor siempre desmesurado, incontenible, agitador.

Una de las actuaciones memorables de Gurrola fue cuando hizo de Morelos en una obra escrita por Vicente Leñero (tan matizada por el director y uno de los actores que Leñero demandó que en el programa se precisara que era obra suya, pero la versión de Luis de Tavira y Arturo Beristáin). Desde su aparición como libro, el texto sobre el Siervo de la nación estuvo llamado al escándalo, pues se consideró impertinente poner en duda al prócer dos meses después de que el candidato Miguel de la Madrid, destapado en septiembre de 1981 lo había hecho su héroe predilecto. Y habría más escándalo cuando el teatro universitario lo subiera a escena, en 1983.

Al formar el elenco, De Tavira informó a Leñero (según cuenta éste en *La ruta crítica del martirio de Morelos*:

“Y para Morelos, fíjate bien. Para el papel de Morelos, Juan José Gurrola. (También el nombre de Gurrola me tomó por sorpresa, no obstante que acababa de verlo actuar y dirigir su versión loquísima de *Miscast*, la pieza de Salvador Elizondo. Estaba espléndido Gurrola como actor. Eso era lo suyo, la verdad, a pesar de su larga trayectoria como director terrible del teatro universitario, como el Orson Wells de la Unam. ¡Me gustaba!. Buena idea llamar a Gurrola para el Morelos. Tenía la edad, podía tener la facha del héroes y provocaría sin duda expectación en el medio teatral. Buena idea llamar a Gurrola”.

Los ensayos comenzaron en febrero o marzo de 1983. “A fines de agosto presencié por primera vez, en un tablero de la sala Covarrubias, un ensayo en forma del *Martirio de Morelos*. Al entrar en el salón me tropecé con Gurrola. Le palmeé la espalda y lo llamé por su nombre. De inmediato me corrigió:

--No, no --dijo-- Ahora soy Juan José Morelos. Alzó la barbilla y entrompó la boca para agregar, silabeando, solemne: Juan José Morelos y Pavón, generalísimo de los ejércitos, siervo de la nación.

Me sorprendió el trabajo de Gurrola en aquel ensayo. El signo más relevante del Morelos que se esforzaba en construir era la ambigüedad. Su aire distraído, la lentitud de su fraseo y el estiramiento de las pausas hacían del caudillo un personaje inasible. Uno no lograba saber si se sentía quebrado por sus jueces o se burlaba de ellos ladinamente durante la delación. Intenso, interior, el personaje de Gurrola me satisfizo muchísimo. Aún necesitaba Juan José memorizar bien sus parlamentos y doficar gestos y desplazamientos, pero lo fundamental ya estaba ahí, en ese Morelos gurroliano, vivo, latiendo.

Los actores del taller de Teatro épico no comulgaban unánimemente con esta apreciación ni veían en el celeberrimo director universitario un actor admirable. En sus diálogos inquisitoriales con él, Claudio Brook se impacientaba porque las inmensas pausas que abría Gurrola lo hacían pensar que Morelos ya terminó su frase, ahora me toca a mí, y se lanzaba entonces, adelantaba líneas cuando que todavía no: está hablando Gurrola, válgame Dios. Por su parte Arturo Beristáin, quien interpretaba al militar Concha, enfurecía con el vedetismo del primer actor, siempre llegando tarde y a cada rato interrumpiendo el ensayo porque de pronto Gurrola se llenaba de ñañas y abandonaba el foro corriendo. Sus compañeros se quedaban a medio ademán, convertidos en estatuas de marfil. Y Gurrola, ¿qué pasó?. Gurrola andaba por ahí, por allá, oprimiéndose las sienes como si las jaquecas de Morelos se le hubieran contagiado, o chupando en las bodegas las últimas gotas de su anforita”.